

— Es indispensable ganar otra media hora más, dijo.

— ¡ Adiós, adiós, Gastón! marcha, es cierto; ya debías haberlo verificado.

— Adiós, pronto estaré de vuelta.

La joven entró silenciosamente en el pabellón, á la manera que una sombra entra en su sepulcro.

En cuanto á Gastón, se hizo conducir á la casa de postas, pidió el mejor caballo, lo mandó ensillar, púsose sobre él de un brinco, y salió de París, pasando aquella misma barrera por la cual había penetrado pocos días antes.

XXXIV

Nantes

La comisión nombrada por Dubois se había constituido en permanencia. Investida de poderes ilimitados, lo que en ciertos casos quiere decir fijados de antemano, ocupó la ciudadela, guardada por numerosas tropas, las cuales esperaban por momentos verse atacadas por los descontentos.

Después de la prisión de los cuatro caballeros, la ciudad de Nantes, en un principio aterrorizada, se había conmovido en su favor. La Bretaña entera aguardaba un levantamiento; mas con todo, en el interin no se verificaba.

Sin embargo, los debates se acercaban. La vispera de la vista del proceso, Pontcalec tuvo con sus amigos una conversación sumamente grave.

— Veamos, dijo Pontcalec; ¿ hemos cometido alguna imprudencia, ya sea de palabra, ya de hecho?

— No, respondieron los tres caballeros.

— ¿ Alguno de vosotros ha manifestado nuestros proyectos á su esposa, á su hermano, ó á un amigo?

¿ Habéis dicho algo, Montlouis?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1000. 1625 MONTERREY, MEXICO

- No, bajo mi palabra de honor.
- ¿Y vos, Talhoüet?
- No.
- ¿Y vos, de Couëdic?
- Tampoco.
- Entonces, no existen contra nosotros, ni pruebas, ni acusaciones. Nadie nos ha sorprendido, nadie nos quiere mal.
- Pero mientras tanto se nos forma causa.
- ¿Y en qué se fundan? preguntó Pontcalec.
- En indicios ocultos, repuso Talhoüet sonriendo.
- Y bien ocultos, añadió de Couëdic, pues que uno no pronuncia una sola palabra.
- Ya veréis, señores, replicó Pontcalec, como ellos mismos avergonzados nos dejarán escapar en medio de las tinieblas de la noche, por no verse precisados á darnos libertad en pleno día.
- Nada creo, dijo Montlouis, quien de los cuatro amigos era el que siempre había visto el negocio bajo su punto de vista más sombrío, quizás porque era de todos el que más tenía que perder, pues dejaba á una mujer joven y dos tiernos hijos que le adoraban; repitió que nada creo: he visto á Dubois en Inglaterra y he conversado con él; se asemeja á una garduña que se relame el hocico cuando le ahoga la sed; desengañaos, Dubois tiene sed, y nosotros nos hallamos presos: Dubois la apagará con nuestra sangre.

— Pero, me parece, dijo de Couëdic, que el parlamento de Bretaña se halla aquí.

— Sí, para vernos cortar la cabeza, respondió Montlouis.

Durante esta conversación, Pontcalec se sonreía.

— Señores, dijo por último, tranquilizaos. Si Dubois tiene sed, tanto peor para él, se volverá rabioso; he aquí todo; mas por esta vez yo os respondo de ello: Dubois no probará todavía de nuestra sangre.

En efecto, desde un principio la tarea de la comisión fué difícil: ninguna revelación, ninguna prueba, ningún testigo; la Bretaña se reía á las mismas barbas de los miembros de la comisión, y cuando no se reía, era mucho más temible, porque amenazaba.

El presidente despachó un correo á Paris con el objeto de exponer el estado de las cosas y pedir nuevas instrucciones.

— Juzgad por los indicios, contestó Dubois; pueden no haber hecho nada, porque se les ha impedido, pero si haberlo intentado: la intención en asuntos de esa especie se reputa como el mismo crimen.

Armada la comisión con tan fuerte palanca, echó por tierra todas las esperanzas de la provincia. Hubo una sesión terrible, en la cual los presuntos reos pasaron simultáneamente de una verdadera burla á una formal acusación. Pero una comisión bien arre-

glada, como Dubois sabía hacerlo cuando quería mezclarse, está perfectamente escudada contra los burlones é importunos.

Al volver á entrar en la prisión, Pontcalec se vanagloriaba de las verdades que él sobre todo había dicho á los jueces.

— ¿Y de qué sirve eso? dijo Montlouis; lo que yo puedo decir es que nos hemos metido en un mal negocio. La Bretaña no se subleva.

— Espera nuestra sentencia, contestó Talhouët.

— Entonces se sublevará demasiado tarde, replicó Montlouis.

— Pero nuestra sentencia no puede tener lugar. Veamos: aquí para entre nosotros, somos en efecto culpables, pero sin pruebas, ¿quién se atreverá á condenarnos? ¿la comisión?

— La comisión no; pero Dubois sí.

— Yo tengo deseos de intentar una cosa, repuso de Couëdic.

— ¿Cuál?

— En la primera sesión que nos volvamos á presentar, gritar: « ¡ Á nosotros, bretones! » He visto siempre en la sala un gran número de rostros amigos. Pues bien; una de dos, ó seremos libertados ó muertos; en este último caso, por lo menos, todo se habrá concluído. Confieso que prefiero la muerte así, á tener que ser la víctima de semejante atentado.

— ¿Pero porqué nos hemos de aventurar á vernos heridos por cualquier esbirro? preguntó Pontcalec.

— Porque la herida que hace un esbirro, se cura, y la del verdugo no, respondió de Couëdic.

— ¡ Bien dicho, de Couëdic! exclamó Montlouis; yo me adhiero á tu opinión.

— Tranquilizaos, Montlouis, dijo Pontcalec; el mismo que hacer daréis al verdugo que yo.

— ¡ Ah! si, siempre la predicción, dijo Montlouis. ¿Sabéis, Pontcalec, que no fio mucho en ella?

— Y os equivocáis.

Montlouis y de Couëdic dieron muestras de incredulidad, excepto Talhouët, que las dió de aprobación.

— Pues es seguro, amigos míos, continuó Pontcalec. Se nos condenará al destierro; nos veremos obligados á embarcarnos, y yo naufragaré. He aquí mi suerte; pero la vuestra puede ser distinta; pedid hacer la travesía en otro buque que no sea el mío; á pesar de que aunque sea el mismo, tendréis diversa fortuna; por ejemplo, me caeré del puente, resbalando cuando vaya á subir una escalera; en una palabra, pereceré en el mar. Sabed, pues, que eso es lo positivo; por lo demás, aunque sea condenado á muerte y conducido al cadalso, si éste está en tierra firme, me veréis al pie de él tan tranquilo como ahora.

Este tono de seguridad daba que pensar á los tres amigos: cuando uno espera, se vuelve supersticioso. La esperanza no es en cierto modo más que una superstición.

Llegaron, pues, á reirse de la asombrosa rapidez que llevaban los debates. Ignoraban que Dubois despachaba desde París un correo tras otro, para apresurar la marcha de los procedimientos.

Por fin llegó el día en que el tribunal declaró estar suficientemente instruido.

Esta declaración redobló el alegre humor de los amigos, los cuales aquel día estuvieron más mordaces, más burlones, y sobre todo desplegaron más talento que nunca.

La comisión se retiró á deliberar en sesión secreta.

Jamás hubo debate más tempestuoso; la historia ha penetrado el secreto de aquellas deliberaciones; algunos de los miembros, menos habituados al mal ó menos ambiciosos, se exaltaron á la sola idea de condenar á los acusados por meras presunciones, porque aparte de las revelaciones transmitidas por Dubois y de cuya veracidad podían dudar, nada habían declarado; por lo tanto, manifestaron abiertamente su opinión; mas como la mayoría estaba adherida á la voluntad de Dubois, surgieron en el seno mismo de la comisión multitud de disputas, injurias, y por último la respetable cohorte llegó casi á las manos. Finalmente, las deliberaciones duraron once horas, al cabo de las cuales la mayoría pronunció su fallo.

El día antes de dictar la sentencia, una comisión de los principales ciudadanos, de oficiales bretones

y miembros del parlamento se dirigió á las oficinas de los individuos del improvisado tribunal, exponiendo que los bretones no se habían rebelado; que la elección del rey de España en perjuicio del duque de Orleans era un derecho consignado en la constitución misma del Estado, que prefería el nieto de un rey á los parientes colaterales, y que la provincia, tocante al asunto de regencia, tenía más derecho de pronunciar que un simple parlamento.

Viendo la junta ministerial que no tenía ninguna buena respuesta que dar, se calló, y los diputados se retiraron abrigando las más lisonjeras esperanzas, confiados en el refrán tan vulgar, que dice: *Quien calla, otorga.*

Pero la sentencia no se dictó con motivo de la instrucción hecha en Nantes, sino por las recibidas de París.

En su vista, sentenciaron á los cuatro jefes presos, con más á diez y seis nobles contumaces, declarando:

— Que los acusados reconocidos culpables de reos de alta traición y de lesa majestad, serían decapitados, los presentes en sus personas, los ausentes en efigie. Que las murallas de sus fortificaciones y castillos serían demolidos, derribados sus escudos de armas, y sus bosques de alto arbolado cortados á la elevación de nueve pies.

Una hora después de pronunciada esta senten-

cia, dióse orden al escribano para que la comunicase á los reos.

El auto definitivo se había dado en seguida de la sesión tan borrascosa de que ya hemos hablado, y en la cual los acusados encontraron por parte del público tan vivas simpatías. En su consecuencia, habiendo batido á los jueces en brecha acerca de todos los puntos de la acusación, jamás habían estado tan satisfechos.

Hallábanse cenando en la sala común, recordando hasta los más minuciosos detalles de la sesión, cuando de improviso se abrió la puerta, dibujándose en la sombra la pálida y grave figura del escribano.

Esta solemne aparición cambió en seguida las palabras placenteras en palpitaciones de corazón.

El escribano se adelantó lentamente, mientras que el alcaide de la cárcel se quedaba en la puerta, viéndose además brillar en el corredor al través de la oscuridad los cañones de los mosquetes.

— ¿Qué se os ofrece, caballero, preguntó Pontcalec, y qué significa este siniestro aparato?

— Caballeros, contestó el escribano, soy portador de la sentencia del tribunal; arrodillaos para oírla.

— Tened entendido que sólo se escuchan de rodillas las sentencias de muerte.

— Arrodillaos, caballeros, respondió el escribano.

— Esto será bueno para los criminales y gente de baja estofa, dijo de Couëdic.

— Como queráis, señores; únicamente os ruego que os descubráis, porque voy á hablar en nombre del rey.

Talhouët, que era solo el que llevaba la cabeza cubierta, se descubrió.

Los cuatro se levantaron, sosteniéndose mutuamente, pálido el semblante, pero con la sonrisa en los labios.

El escribano leyó la sentencia desde el principio hasta el fin, sin que le interrumpiese un solo murmullo, un solo ademán de asombro.

Cuando hubo terminado la lectura, Pontcalec dijo :

— ¿ Por qué se me ha dicho que declarase los proyectos que tenía la España contra la Francia, y que me pondrían en libertad? La España era país enemigo, y he revelado lo que sabía acerca de sus designios, y á pesar de esto se nos condena.

El escribano no contestó.

— Pero el regente, añadió Montlouis, perdonó á todo Paris, complicado en la conspiración de Cellamare. Ni una gota de sangre ha corrido. Sin embargo, los que querían arrebatár al regente ó matarle quizás, eran tan culpables al menos como las gentes contra quienes no ha podido entablarse

ninguna acusación formal. ¿No somos, pues, elegidos para expiar la indulgencia que se ha tenido con la capital?

El escribano tampoco contestó.

— Comprendo, pues, una cosa, Montlouis, dijo de Couëdic, y es, que existe en palacio un antiguo odio de familia contra la Bretaña, y el regente para no desmentir su raza quiere probar que nos aborrece. No es tampoco contra nosotros personalmente á quien va dirigido el golpe, sino contra una provincia que, después de trescientos años, reclama en vano sus derechos y privilegios, y que se desea que aparezca culpable para desembarazarse de ella de una vez.

El escribano continuaba guardando silencio.

— Vaya, concluyamos, dijo Talhouët. Hemos sido condenados á muerte; muy bien. Ahora sólo falta saber si hay ó no apelación.

— No la hay, señores, respondió el escribano.

— Entonces, podéis retiraros, dijo de Couëdic.

El escribano saludó y se retiró, seguido de los guardias que le escoltaban, y la puerta de la prisión se cerró pesada y estrepitosamente detrás de los cuatro caballeros.

— ¡Y bien! exclamó Montlouis, luego que se hallaron solos.

— ¡Y bien! repitió Pontcalec, estamos condenados á muerte: yo jamás he dicho que no llega-

riamos á estarlo, pero si que no se verificaría la ejecución.

— Soy de la misma opinión de Pontcalec, dijo Talhouët; lo que ellos han hecho ha sido para amedrentar á la provincia y probar su paciencia.

— Además, repuso de Couëdic, no nos ejecutarán sin que el regente haya ratificado la sentencia. Luego, á no despachar un correo extraordinario, se necesitan dos días para ir á París, uno para examinar el proceso, y otros dos para volver; de modo que suman cinco días; por consiguiente, en cinco días pueden suceder muchas cosas: la provincia al saber nuestra sentencia se sublevará.

Montlouis hizo un gesto de incredulidad.

— Y sobre todo, continuó Pontcalec, existe Gastón, á quien siempre echáis en olvido.

— Amigos míos, temo que Gastón haya sido preso, replicó Montlouis. Conozco bastante á Gastón, y si hubiera estado en libertad, ya habríamos oído hablar de él.

— No negarás por lo menos, profeta de desgracias, dijo Talhouët, que todavía podemos contar con algunos días.

— ¿Quién sabe? añadió Montlouis.

— Y después el mar, repuso Pontcalec; el mar, ¡qué diablo! señores, vosotros olvidáis siempre que yo debo morir en el mar.

— Pues bien, caballeros, volvamos á la mesa,

dijo de Couëdic, y brindemos por última vez á nuestra salud.

— No tenemos vino, repuso Montlouis, y es mala señal.

— ¡ Bah ! todavía hay en la bodega, dijo Pontcalec; y llamó al alcaide.

Al entrar éste encontró á los cuatro amigos sentados á la mesa, y los miró con aire de asombro.

— Vamos, ¿ qué hay de nuevo, maese Cristóbal? preguntó Pontcalec.

Maese Cristóbal era de Guet y profesaba un singular respecto á Pontcalec, cuyo tío Crisógono, á quien ya conocemos, había sido su señor.

— Nada más que lo que ya sabéis, señores.

— Entonces, tráenos vino.

— ¡ Pobres caballeros ! quieren aturdirse, dijo al salir.

Montlouis fué el único que oyó lo que acababa de decir maese Cristóbal y se sonrió tristemente.

Un instante después oyeron pasos que se acercaban apresuradamente. Abrióse la puerta, y Cristóbal se presentó con las manos vacías.

— ¿ Dónde está el vino que te hemos pedido? preguntó Pontcalec.

— ¡ Buena noticia ! exclamó Cristóbal sin contestar á la interpelación que le había dirigido Pontcalec. ¡ Buena noticia, señores !

— ¿ Qué hay ? dijo Montlouis estremeciéndose.

— ¿ Ha muerto el regente ?

— ¿ Se subleva la Bretaña? añadió de Couëdic.

— Nada de eso, señores, nada de eso; yo no me atrevería á llamar buenas noticias á lo que estáis diciendo.

— Pues bien, ¿ qué ocurre ? dílo pronto, repuso Pontcalec.

— Ocurre que Mr. de Chateaufeuil acaba de mandar que se retiren á su cuartel ciento cincuenta hombres que se hallaban formados en la plaza del Mercado, lo cual tenia asustada á toda la ciudad.

— Vamos, dijo Montlouis, ya empiezo á creer que no tendrá lugar esta tarde.

En aquel momento daban las diez.

— ¡ Y bien ! dijo Pontcalec, una buena noticia no es una razón para que nos quedemos con sed. Vete á buscar vino.

Cristóbal salió, volviendo á los pocos minutos con una botella en la mano.

Los amigos, que continuaban en la mesa, llenaron los vasos.

— ¡ A la salud de Gastón ! dijo Pontcalec cambiando una mirada de inteligencia con sus compañeros, cuya significación ellos solos comprendían.

Todos, á excepción de Montlouis, apuraron los vasos, pues en el momento en que llevaba el suyo á la boca, se detuvo.

— ¿ Qué sucede? preguntó Pontcalec.

— ¡ El tambor ! dijo Montlouis extendiendo la mano en la dirección de donde procedía el ruido.

— ¡ Y bien! repuso Talhoüet, ¿ no has oído lo que ha dicho maese Cristóbal? son las tropas que entran en sus cuarteles.

— No, al contrario, son las tropas que salen; tocan á generala.

— ¡ Á generala! exclamó Talhoüet, ¿ qué diablos significa esto?

— Nada de bueno, respondió Montlouis meneando la cabeza.

— ¿ Cristóbal?... dijo Pontcalec, volviéndose al alcaide.

— ¡ Bien, señores, vais á saber lo que hay, respondió éste; al instante vuelvo. Y se lanzó precipitadamente fuera de la estancia, no sin haber cerrado cuidadosamente la puerta detrás de sí.

Los cuatro amigos permanecieron silenciosos y en la mayor ansiedad. Á los diez minutos la puerta se abrió, y el alcaide apareció pálido de terror, diciendo:

— Acaba de entrar un correo en el patio del castillo; viene de París, ha entregado sus despachos, y á los pocos instantes se han doblado las guardias, resonando los tambores en todos los cuarteles.

— ¡ Oh! ¡ oh! exclamó Montlouis, esto habla con nosotros.

— ¡ Suben la escalera! dijo el alcaide más trémulo y abatido que aquellos á quienes se dirigía.

En efecto, oyeron retumbar en el corredor las

culatas de los mosquetes y las voces de muchas personas.

La puerta se abrió de nuevo, y se presentó el escribano.

— Señores, dijo, ¿ cuánto tiempo necesitáis para arreglar vuestra conciencia y sufrir la condena?

Un profundo terror heló á todos.

— Yo quiero, respondió Montlouis, el tiempo que tarde la sentencia en ir y volver de París con la aprobación del regente.

— Por lo tocante á mi persona, dijo de Couëdic, desearía que se me dejase el término que el ministro necesita para conmutar esta pena en ocho días de arresto, que es lo que merecemos por haber obrado un poco ligeramente.

— Y vos, caballero, dijo con gravedad el escribano á Pontcalec que guardaba silencio, ¿ qué pedis?

— ¿ Yo? dijo Pontcalec con la más perfecta calma, no pido nada absolutamente.

— Entonces, señores, repuso el escribano, he aquí la respuesta de la comisión: tenéis dos horas para cuidar de vuestros asuntos espirituales; son las seis y media; es preciso que dentro de otras dos y media estéis ya en la plaza de Bouffay, en donde tendrá lugar la ejecución.

Siguióse á estas palabras el mayor silencio; hasta á los más valientes se les erizó el cabello.

El escribano salió sin que nadie le hubiese contestado; tan sólo los reos se miraron y se apretaron las manos recíprocamente.

Tenían dos horas.

Dos horas, en el curso ordinario de la vida, nos parecen siglos, más en ciertas circunstancias se nos figuran segundos.

Llegaron los sacerdotes, luego los soldados, y por último los verdugos.

La situación era terrible. Únicamente Pontcalec era el que no desmentía su valor, no porque á los demás les faltase, sino porque habían perdido toda esperanza; sin embargo, aquél los tranquilizaba al ver la calma con la cual respondía, no sólo á los sacerdotes, si que también á los ejecutores que ya se habían apoderado de su presa.

Hiciéronse los horribles preparativos de lo que suelen llamar el tocador de los reos. Los cuatro desgraciados debían ir al patíbulo vestidos con largas capas negras para que se confundiesen con los sacerdotes encargados de exhortarles, á fin de que el pueblo, á quien se temía, no se rebelase.

Luego se agitó la cuestión de atarles las manos: ¡cuestión suprema!

Pontcalec respondió con su acostumbrada sonrisa de sublime confianza:

— ¡Eh! ¡pardiez! dejadnos las manos libres; nosotros iremos sin hacer el menor movimiento.

— Esto no nos pertenece, respondió el ejecutor,

que se hallaba junto á Pontcalec, á menos que no recibamos una orden especial; semejantes disposiciones son iguales para todos los condenados.

— ¿Y quién da estas órdenes? preguntó Pontcalec sonriendo siempre, ¿es el rey?

— No, señor marqués, replicó el ejecutor, asombrado de aquella sangre fría de que hasta entonces no había visto otro ejemplo; no es el rey, sino nuestro jefe.

— ¿Y en dónde está vuestro jefe?

— Hablando allí con el alcaide Cristóbal.

— Decidle que venga, repuso Pontcalec.

— ¡Eh! maese Elmar, gritó el ejecutor, ¿queréis acercaros? uno de esos señores desea hablaros.

Un rayo que hubiese caído en medio de los cuatro reos no hubiera producido un efecto más terrible que aquel nombre.

— ¿Qué decís? exclamó Pontcalec, palpitando de espanto; ¿qué habéis dicho? ¿qué nombre habéis pronunciado?

— Elmar, caballero, es nuestro jefe.

Pontcalec, pálido y bañado en sudor frío, se dejó caer en una silla, clavando una indecible mirada sobre sus aterrados compañeros; ninguno de los asistentes pudo comprender aquel mudo abatimiento, que sucedió con tanta rapidez á la gran confianza y serenidad anteriores.

— ¿Veis? dijo Montlouis, dirigiéndose á Pontcalec con tono de reconvencción.

— Si, señores, tenéis razón, repuso Pontcalec; mas yo también la tenía en creer la predicción, porque se cumplirá como las demás. Sólo que esta vez me rindo, y confieso que estamos perdidos.

Y por un movimiento espontáneo, los cuatro infelices se abrazaron elevando sus súplicas á Dios.

— ¿Qué mandáis? preguntó el ejecutor.

— Que es inútil atar las manos á estos caballeros, si dan su palabra de honor de no intentar la fuga; son soldados y caballeros.

XXXV

El drama de Nantes

Entretanto Gastón corría por el camino de Nantes, dejando detrás de si al postillón, encargado entonces, del mismo modo que ahora, de contener los caballos en vez de instigarlos á andar según requerían las circunstancias. Con todo, á pesar de estas dos fuerzas contrarias, hacia tres leguas por hora: así había atravesado Sevres y Versailles.

Al llegar á Rambouillet empezaba á rayar el alba, y vió al maestro de postas y á los postillones ocupados en sangrar un caballo á toda prisa. El animal se hallaba tendido en medio de la calle, y respiraba con dificultad.

Ni el caballo, ni el maestro de postas, ni los postillones llamaron la atención del joven caballero. Pero al tiempo de ensillar el suyo, oyó decir á uno de los asistentes:

— Al paso que va reventará algunos más desde aquí á Nantes.

Gastón iba á emprender de nuevo su viaje, pero herido de pronto por una terrible idea, se detuvo